

LA PRIMERA MASACRE QUE PERPETRÓ LA POLICIA EN BOGOTA EL MOTÍN ARTESANAL DE ENERO DE 1893

Renán Vega Cantor

“La Policía organizada a la francesa prestó en estas penosas circunstancias eminentes servicios [...]. Me vi en la necesidad de ordenar el fuego, porque, debo decirle, todos los agentes están armados de Rémingtons. Fue este acto de energía el que nos salvó y salvó también los archivos del edificio de la Dirección. No conozco el número de heridos, en cuanto a los muertos fueron 21”.

Jean Marcelino Gilibert, policía francés, Director de la Policía Nacional, Bogotá, enero 25 de 1893.

¿Y puede un jefe de policía, atropellando los derechos más sagrados del ciudadano, mandar hacer fuego sobre un pueblo indefenso [...]? ¿Es justo, razonable?

El Heraldo, julio 2 de 1892.

“Hoy tenemos las garantías y la libertad reservadas para el hombre honrado, para el ciudadano pacífico, para la industria, el trabajo y el progreso; el revolucionario, el perturbador, el delincuente, saben que les esperan la represión, el castigo y la expiación”.

Carlos Holguín, *Mensaje Presidencial*, 1890.

Entre los días 15 y 16 de enero de 1893 en la ciudad de Bogotá se presentó un motín popular que fue ahogado a sangre y fuego por la recién fundada Policía Nacional, la cual masacró a los artesanos y al pueblo humilde de la ciudad, dejando en su camino a medio centenar de muertos, decenas de heridos, quinientos capturados, cien de los cuales fueron desterrados a Panamá. En momentos en que se habla de la masacre que realizó la policía en Bogotá los días 9 y 10 de septiembre de 2020, es importante recordar lo sucedido en 1893, cuando la policía nacional masacró al pueblo bogotano. Esto sirve para mostrar, con una adecuada perspectiva histórica, un comportamiento represivo y antipopular de larga duración, que debería ser tenido en cuenta a la hora de comprender lo que está pasando en estos momentos en Bogotá y en todo el país. Esto indica que el comportamiento brutal de la policía ante la población pobre de la ciudad se remite a sus mismos orígenes y recuerda, según el adagio popular, que lo que nace torcido nunca se endereza.



Bogotá a finales del siglo XIX. Fuente: Museo de Bogotá.

Control policial en La Bogotá finisecular

Bogotá en 1893 era una pequeña ciudad, un villorrio grande, que contaba con 85 mil habitantes y pocos barrios. Se extendía físicamente hasta el occidente donde recién había llegado el Tren de la Sabana, en la estación del mismo nombre. Hacia el norte llegaba hasta San Diego, aunque ya existía Chapinero, separado del resto por lotes y humedales, y hacia el sur hasta Las Cruces. En esta pequeña ciudad ya eran marcadas las diferencias sociales que en ese momento se hacían más palpables porque, como resultado de la primera bonanza cafetera, se notaba el enriquecimiento de un pequeño sector de la población, que vivía en amplias casas, entre el lujo y la ostentación, mientras que la mayor parte de los habitantes era pobre y afrontaba pésimas condiciones de vida. Se estaba empezando a generar una diferenciación espacial de clase, que hasta ese momento no había existido, porque en las mismas edificaciones habitaban los pobres y los ricos, aunque los primeros en la planta baja y los segundos en los pisos de arriba. Los pobres estaban siendo desplazados de las casas del centro hacia los cercanos barrios periféricos, como Las Cruces, Santa Barbara, Egipto, San Victorino. Ese desplazamiento físico se hacía para no ver a los pobres, ocultarlos, que no aparecieran a los ojos de los nuevos ricos, pero también expresaba el miedo que generaban, que reproducía el sofisma de las “clases peligrosas” que en ese momento se predicaba en Europa. Era en últimas un miedo que resultaba de la mezcla explosiva de pobreza, inmoralidad y violencia, que solo podía ser enfrentado con represión y control moral, como lo predicaba la Regeneración.

En cuanto a la segmentación espacial de la ciudad, la visión de un viajero de la época, el francés Pierre D'Espagnat, nos pinta sintéticamente estos rasgos de la Bogotá finisecular, con sus marcados contrastes sociales:

Todo lo que hay de rico y elegante permanece agrupado en esa calle Real y en sus alrededores, la calle de Florián, la Plaza de Bolívar, la de Santander, gran centro de diversiones y de negocios. En cuanto uno se aleja de él, ben sea que suba hacia la parte alta de la ciudad o que se baje hacia el ferrocarril de la Sabana, hay que pasar por zonas más pobres y tristes, con esa fealdad popular, grisácea y triste¹.



Bogotá en 1900, calle del Sol (Carrerá 12, con calle 2). Se aprecia el foso de aguas negras.

¹. Pierre D'Espagnat, *Recuerdos de la Nueva Granada*, Editextos, Bogotá, 1971, p. 96.

A finales de siglo, la ciudad estaba asolada por la enfermedad y la muerte que, por supuesto afectaba en forma más marcada a los pobres, en razón a la inexistencia de alcantarillado, suministro de agua potable y pésimas condiciones de higiene en hospitales y en los pocos barrios de la ciudad. Como muestra de lo que era Bogotá sobresalía que las aguas negras pasaban por el centro de las vías, lo que generaba malos olores y muchas enfermedades. Esto afectaba de manera directa a los pobres, como lo constataba un informe del alcalde de la ciudad, Higinio Cualla, a finales de 1891:

Durante el año hubo 2305 nacimientos y 3.159 defunciones. Como se ve, la diferencia contra la población, que es de 854 individuos, indica que el estado sanitario de la ciudad no es bueno... muchas causas influyen perniciosamente para acabar con la vida de los habitantes de ella, siendo la principal, en mi sentir, la carencia de un barrio destinado exclusivamente para la clase pobre u obrera, que viven en tiendas o piezas desprovistas de toda comodidad para los ocupantes y que no tienen comunicación sino con las calles públicas².

Una crónica de la época describía este ambiente malsano en que vivía la población de la ciudad:

Sabemos que últimamente ha habido en la capital muchísimos casos de tifo y no pocos de tos ferina. A nadie se ocultará la gravedad que reviste la propagación de estas dos epidemias, especialmente la del tifo. [...] En la parte norte del camellón de San Victorino hay un caño casi constantemente lleno de cieno y gusanos, que ya se desbandan de su lecho, tan abundantes así son. La fetidez que allí se siente no puede ser ni más insoportable ni más peligrosa para los muchos habitantes de esos lados³.

En esa aldea grande que era Bogotá se puso en práctica una reorganización moral y política por parte de la recién fundada Policía Nacional, a cargo del francés Jean Marcelino Gilibert, fundador y director de ese cuerpo represivo. La ciudad fue dividida en seis circunscripciones de policía, en cada una de ellas operaban las comisarias, las cuales tenía 60 policías de servicio. Además, estaban la División Central y la División de Seguridad, la última de las cuales se encargaba de vigilar las costumbres de la población y la de los enemigos del régimen. Se procuraba vigilar la conducta de las prostitutas con el fin de evitar los escándalos y moderar sus disipadas costumbres. Asimismo, la policía se encargaba de regular la circulación de carretas en la calle y de controlar a los niños vagos y desamparados entre otras disposiciones. Entre las prácticas de la policía se destacaban las de poner multas a la gente que andaba por la calle por alguna contravención; capturaba a los niños desamparados, los marcaba con tinta roja, los amarraba de a dos en fila y los enviaba a las fincas cafeteras, de propiedad de familias bogotanas; prohibía que los transeúntes armaran corrillos en las calles y los obligaba a transitar por el lado derecho y cerraba y clausuraba chicherías. Incluso, detenía a los transeúntes y les medía la estatura para hacer sus registros judiciales, lo cual era interpretado por la gente como un maltrato dispensado a los animales... Todo eso enardeció a la población bogotana, al rechazar una nueva forma de control por parte de la policía, que buscaba vigilar el cuerpo y la mente. Y ya se empezaban a escuchar las manifestaciones de ese rechazo a la policía, como se constató en la fiesta de San Pedro, el 29 de junio de 1892, cuando a raíz de un incidente en una pelea de gallos, la gente gritó las consignas “Viva el pueblo”, “Abajo la Policía Nacional”, lemas que adquirían sentido poco después, puesto que se gritaron en forma enardecida durante el motín de enero del año siguiente⁴. Esto muestra el grado de rechazo que ya tenía la policía en amplios sectores de la población bogotana.

Además, este control policial se complementaba con el religioso, puesto que la Regeneración concedió un poder desmedido a la iglesia católica, que convirtió a la ciudad, y al país, en una

². Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá, Tomo II, Siglo XIX*, Villegas Editores, Bogotá, 1988, p. 76.

³. *El Criterio*, junio 1 de 1892.

⁴. Max Hering Torres, *1892: un año insignificante. Orden policial y desorden social en la Bogotá de fin de siglo*, Editorial Crítica, Bogotá, 2018, p. 134

aldea de rezanderos, para lo cual se persiguieron las actividades políticas, sociales y culturales que no se correspondían con los intereses del nuevo orden monástico y clerical. Y fue en este contexto que las medidas de la policía adquirieron un carácter más opresivo para los bogotanos, especialmente para un sector de los artesanos, el que había simpatizado con el sector de los radicales del partido liberal, puesto que este era uno de los objetivos centrales de la persecución, disciplinamiento y control, para que se adaptara al nuevo orden clerical y conservador de la Regeneración. Para dicho orden se asimilaba “pobreza, artesanos, *guacherna*, subversión y violencia”, todo lo cual se alimentaba “más de los discursos alarmistas procedentes de Europa que de la observación realista de la situación colombiana”⁵. Ese sentimiento de odio hacia la población pobre saldría a relucir en el trato represivo que se daría a la protesta de enero de 1893, como veremos enseguida.

En conclusión, por todo este tipo de controles de las costumbres de sus habitantes, la policía nacional se granjeó el odio de los habitantes de la ciudad.



Versión contemporánea de la policía sobre el motín de 1893.

Fuente: <https://historiapolicianacionaldecolombia.blogspot.com/2019/04/la-primera-asonada-contra-la-policia.html>

El factor precipitante: ofensa a la moral y dignidad de los artesanos

El motivo que desencadenó la protesta de los artesanos que, por la reacción violenta de la policía, terminó convirtiéndose en un motín, fue la publicación de una serie de artículos en el

⁵ Frédéric Martínez, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional de Colombia*, Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, Bogotá, 2001, p. 515.

periódico *Colombia cristiana*, con el título de “Mendicidad”. Dichos artículos se publicaron entre el 14 de diciembre de 1892 y el 4 de enero de 1893.

En los artículos se hablaba de lo mal que vivían los sectores populares, centrándose en los dos tipos de habitaciones en que se alojaban. Las primeras eran casuchas sucias de las afueras de la ciudad en donde moraban en medio del hacinamiento mendigos, “mozos de cordel”, mujeres sin profesión y niños vagabundos. Las segundas estaban conformadas por amplias casas del centro de la ciudad, las cuales fueron subdivididas en piezas que eran arrendadas por los artesanos de varios gremios, que los subarrendaban a mujeres públicas, costureras y aplanchadoras, que si mantenían aseados sus lugares de habitación. Lo que sucedía en las viviendas de los artesanos era resultado del relajamiento de vínculos familiares, originado porque “el matrimonio no se consideraba como sacramento sino como autorización de la unión de dos sexos”, y esto resquebrajaba la autoridad paterna, en la medida en que los hombres siempre estaban ebrios, las mujeres no se subordinaban a los maridos y los hijos eran abandonados, teniendo que ganarse la vida mediante el trabajo o recurrían a la mendicidad callejera.

A la par con la descripción de las viviendas miserables de los artesanos y habitantes pobres de la ciudad, Ignacio Gutiérrez señalaba que no existía desempleo sino una falta de brazos para afrontar los trabajos de las obras públicas y privadas. Asimismo, indicaba que, luego de comparar los ingresos de 20 oficios, había notado que las familias, formadas según él por cuatro miembros, estaban en capacidad de pagar el arriendo, vestirse modestamente, y alimentarse con una dieta a base de maíz y recado para la mazamorra diaria, junto con sal, panela, chicha, pan y algo de carne. De las cuentas que realizaba concluía que los trabajadores podían ahorrar, pero no lo hacían porque lo que devengaban lo despilfarraban en chicha, sin ningún cuidado con los gastos futuros, lo que conducía a la indigencia familiar cuando el artesano se enfermaba, era despedido de su trabajo o era llevado a la cárcel, algo frecuente por sus permanentes riñas.



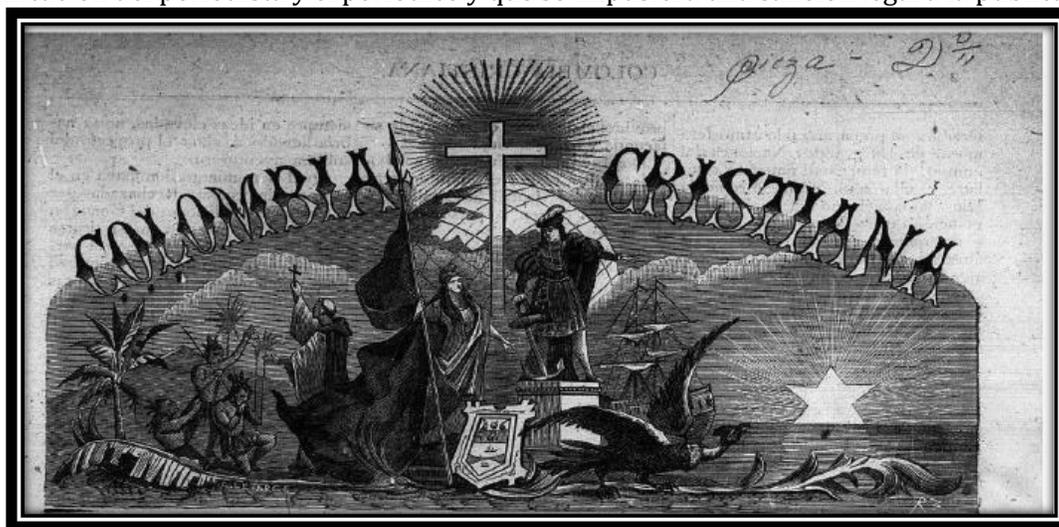
Bogotá a finales del siglo XIX, Plaza de las Hierbas (al fondo), actual Parque de Santander y paso por el puente de San Francisco.

Ignacio Gutiérrez, a partir de su “diagnóstico” despectivo de los artesanos, proponía como solución la creación de organismos que los controlaran, tal como una Junta Protectora de la Clase Obrera, que reglamentara el funcionamiento de diversos gremios y asegurara el abastecimiento del servicio doméstico para los sectores pudientes. El organismo propuesto

estaría formado por un sacerdote, un inspector y una persona influyente, que reglamentaría hasta la mendicidad y, a quienes fueran autorizados para ejercerla, se les asignaba una tablilla en la que aparecía el nombre personal, el barrio en el que habitaba, las firmas de las autoridades respectivas y la vigencia temporal del permiso. Gutiérrez también clamaba por la fundación de escuelas agrícolas, en donde se enseñarían oficios y se impulsaría la asistencia caritativa con hospitales y asilos. Exigía medidas para combatir el “cáncer de la chicha” y los juegos de azar entre los artesanos. Pedía que se impulsaran medidas para que las familias cumplieran con sus deberes cristianos.

A lo largo de sus artículos, en forma reiterada Ignacio Gutiérrez acusaba a los artesanos de ser embusteros, poco honrados, cínicos, vagos, perezosos, borrachos, andrajosos, indigentes, limosneros... Textualmente afirmaba: “La honradez les es desconocida; son embusteros, incumplidos de los contratos, cínicos en sus raterías; para ellos no existe el séptimo mandamiento, que han borrado del decálogo”⁶.

Las ofensas de los artículos de *Colombia Cristiana* generaron una reacción inmediata, encabezada por personas ligadas a las capas superiores del artesanado, quienes se consideraron ultrajados y humillados, más aún que el articulista generalizaba y no diferenciaba ni reconocía a la “élite artesanal”. Fueron miembros de esa élite los que tomaron la iniciativa de rechazar los artículos señalados y para eso escribieron un escrito que se plasmó en un cartel que se pegó en varios lugares de la ciudad. Al mismo tiempo, uno de esos artesanos, Valois Madero, encabezó una manifestación pacífica el 16 de enero al frente de la casa del Ministro de Gobierno, general Antonio Cuervo. Entre las exigencias de esta elite artesanal estaba la rectificación del periodista y el periódico y que se impusiera una sanción legal a la publicación.



Cabezote de *Colombia Cristiana*, la publicación que injurió a los artesanos.

Algunos periódicos de artesanos expresaron su rechazo a los señalamientos de *Colombia Cristiana* y la Sociedad Filantrópica de Bogotá publicó un documento en el que protestaba contra “los cargos de perjuros, ebrios, rufianes, ladrones, etc. Que en el número 10... se le hacen en un artículo titulado Mendicidad” [...]; excitar a los artesanos que estén suscritos al mencionado periódico a que retiren su apoyo moral y material a esa publicación que ha deshonrado el nombre que lleva [...]”⁷. En las esquinas de algunas calles de Bogotá se fijaron carteles que decían: “J. I. Gutiérrez es el verdugo de los artesanos”.

⁶. Ignacio Gutiérrez, “Mendicidad”, *Colombia cristiana*, diciembre 14 de 1892.

⁷. *El Espectador*, febrero 8 de 1993.

De esta manera, se empezó a difundir la ofensa moral contra los artesanos, que se convirtió en el catalizador de su descontento y originó el motín del 15 y 16 de enero. Por supuesto, estas ofensas tuvieron un efecto desencadenante en un contexto de desprecio hacia los artesanos y los sectores populares. Se convirtieron en un agravio moral y recordemos que la gente común y corriente suele levantarse y protestar por variadas razones, entre ellas que se mancille su dignidad y eso era lo que se hacía en los artículos de Ignacio Gutiérrez. Esa fue la chispa que incendió a Bogotá en enero de 1893.

Esto lo evidenciaba el hecho que en días anteriores al 15 de enero, algunos artesanos le habían reclamado en forma airada a Gutiérrez para que ofreciera disculpas por su comportamiento soez y su maltrato a las gentes del pueblo. Por ejemplo, el 13 de enero en plena calle un grupo de artesanos que se encontró al periodista lo increpó de una manera, que avizoraba lo que vendría algunos días después: “Señor Gutiérrez, Ud. ha cometido una acción infame, quizá todavía es tiempo de repararla”⁸. En ese momento ya era tarde, máxime que Gutiérrez no dio muestra de arrepentimiento de ninguna índole.

Que este haya sido el factor que desencadenó la protesta no quiere decir que sea la causa propiamente dicha o mejor las causas, ya que debe hablarse de un conjunto de razones que explican lo sucedido. Estas se encuentran en el malestar creciente que soportaban los artesanos y los habitantes pobres de la ciudad, entre las que sobresalían el alto costo de la vida, la desbocada inflación como resultado de una moneda depreciada por las emisiones descontroladas. Junto a esas condiciones materiales, se deben considerar las referidas al control moral de los artesanos, con las nuevas medidas de disciplinamiento implementadas por el orden regenerador (autoritario y conservador), para implantar una sociedad de curas y rezanderos, lo que afectaba a importantes sectores del artesanado, que habían estado ligados políticamente con el radicalismo liberal.

Por ejemplo, entre una de las razones que para explicar el motín adujo el líder artesanal José Leocadio Camacho, carpintero y periodista, estaba el aumento en los cobros de alquiler a los puestos de la plaza de mercado, localizada en la carrera 10 con calle 10. En una carta dirigida a Rafael Núñez, a la sazón presidente de la República, señalaba:

No se levantan cuatro o cinco mil hombres con sus niños y sus mujeres sin previo acuerdo, solo por una publicación que no todos habían leído. Es preciso que haya otros motivos que hayan ido aglomerándose lentamente como se aglomera el combustible antes de ponerle fuego [...] La plaza de mercado, por ejemplo, ha dado más enemigos a la Regeneración que todas las teorías radicales. Puede decirse que la plaza es el brazo del Distrito, pero también es la arteria en que pueden contarse las pulsaciones de la miseria en las clases inferiores⁹.

Insurrección popular y masacre

El domingo 15 de enero era día de mercado en la ciudad, una oportunidad para que las gentes del pueblo se reunieran, departieran por una tarde y terminaran en las chicherías. Ese día el aire estaba caldeado por las ofensas contra los artesanos difundidas en *Colombia cristiana*. Que los ánimos estaban agitados ese domingo en el centro de Bogotá se evidencia en que ya circulaban rumores en las primeras horas de la mañana que la gente encolerizada se iba a reunir al frente de la casa de Ignacio Gutiérrez. La policía ya estaba enterada y dispuso a las 11:30 de la mañana que se vigilara esa casa y a las 3 de la tarde trasladó al lugar la sede de la tercera división de policía.

A las 4 de la tarde un grupo de unos 300 manifestantes se agolpó frente a la casa y la atacó a piedras, profiriendo insultos a Ignacio Gutiérrez. Los policías resistieron y evitaron la toma de la casa, hasta que recibieron refuerzos. Lo que exaltó todavía más los ánimos fue la actitud de

⁸. *El heraldo*, enero 14 de 1893.

⁹. *El Heraldo*, abril 8 de 1893.

un hermano del periodista, Rufino Gutiérrez, quien salió armado a recibir a los manifestantes y por eso se atacó la casa.

Se impuso una corta calma, que terminó a las 7:30, cuando recomenzaron los ataques a la casa de Gutiérrez, que se prolongaron hasta medianoche, con la participación de unas 500 personas. La intervención del ministro de gobierno ayudó a disipar los ánimos de los manifestantes. Como resultado de las escaramuzas de ese día quedaron varios golpeados y heridos entre los manifestantes y algunos de ellos fueron detenidos.

A las once de la mañana del lunes 16 de enero se congregó un grupo de artesanos frente a la casa del Ministro de Gobierno, Antonio Cuervo, para exigirle que fueran liberados los presos de la noche anterior, se prohibiera *Colombia cristiana* y se sancionara al periodista Ignacio Gutiérrez, de acuerdo con la legislación vigente sobre prensa. Estas solicitudes no fueron atendidas y los artesanos notables se desmovilizaron pacíficamente, pero el descontento aumentó entre la población por el rechazo a sus peticiones.

En las horas de la tarde, un grupo de artesanos y pobladores pobres se congregó nuevamente frente a la casa del periodista. Con los ánimos enardecidos, dos grupos de manifestantes rodearon a la policía que se encontraba custodiando la casa de Gutiérrez. Uno se encontraba frente al Gasómetro, en la carrera 15 con calle 14 (estación de gas que mantenía los faroles del centro de Bogotá) y el otro estaba frente a la iglesia La Capuchina, en el parque Camilo Torres, localizado en carrera 13 con calle 14. Con piedras los manifestantes hicieron retroceder a los policías. Al respecto, el Comisario Wenceslao Jiménez señaló:

Tan luego como vino el empuje de los sediciosos, comenzó la defensa vigorosa y heroica de la casa, hasta donde fue humanamente posible... para salvarla y rechazar las violentas agresiones de la multitud que con piedras, garrotes y armas de fuego de distintas clases, embestía con furor para llegar al colmo de su insensato propósito. Tan fuerte y tenaz era el ataque, estaban tan ultrajados, heridos y ofendidos los agentes, era ya tan inminente el riesgo en que se hallaba la vida de esos heroicos salvadores de la patria, que uno de ellos, viéndose acometido por el grupo, a punto de morir y sin otro medio para rechazarlo, se vio en la dolorosa necesidad de hacerles un disparo con el rémington...¹⁰.

En este momento cayó el primer muerto de los manifestantes, Isaac Castillo, por las balas de la policía, lo que enardeció mucho más a la gente. El cadáver fue conducido por la multitud por las calles céntricas con sentimiento de dolor y gritando contra el gobierno y la policía. Y este crimen le hecho leña al fuego e implicó una mayor radicalidad de la protesta.

Luego de los disparos, los amotinados retrocedieron para reorganizar sus fuerzas y volvieron a atacar y a las 5 de la tarde otras descargas los recibieron en la esquina del gasómetro. Ante los disparos, la gente se atrincheró en carros de madera, desde donde le lanzaba piedras a la policía con hondas improvisadas.

La gente empezó a atacar a diferentes instituciones del poder, armados de piedras, garrotes, cuchillos, peñillas y machetes, portando banderas rojas y negras, y gritando Vivan los artesanos, Viva la Comuna del 93, Abajo la Policía, Muera al francés Gilibert, Viva el Partido Radical.

Es importante destacar que el 16 en forma sincronizada a eso de las 5 de la tarde fueron atacadas cuatro comisarias, a la postre destruidas por los amotinados. Solamente se salvaron dos: una, la de San Victorino, que no fue atacada y otra, la de Chapinero que estuvo a buen resguardo porque quedaba lejos del centro de la ciudad. Las comisarias fueron arrasadas, saqueado su mobiliario, destruidos sus archivos y cortadas las líneas telefónicas.

A esa misma hora se atacó a la Dirección General de la Policía, situada en la calle 10, entre carreras 10 y 11. Ese ataque fue masivo y el participaron las gentes de la plaza de mercado, que se encontraba al frente. Fue en ese momento que el policía francés Jean Marcelino Gilibert dio

¹⁰. Wenceslao Jiménez, *Los sucesos de los días 15 y 16*. Cartel publico pegado en las calles de la ciudad, febrero 2 de 1993.

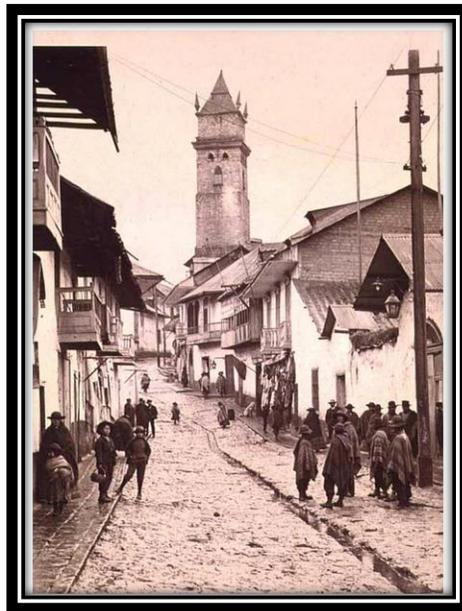
la orden de fuego, ocasionando la mayor parte de muertos. Como el mismo lo dice en su informe confidencial que envió a Francia, y que tuvimos la suerte de encontrar en los Archivos de Paris:

La Dirección General, en la cual yo me encontraba con 120 hombres, y la División de Seguridad fueron el objeto de tres vigorosos ataques. Una masa enorme de salvajes, tal es el calificativo que le corresponde, se abalanzó sobre ella con todo tipo de armas y queriendo tomársela. Después de haber empleado todos los recursos de la moderación y para evitar ser masacrados con mis hombres, me vi en la necesidad de ordenar el fuego, porque, debo decirle, todos los agentes están armados de Rémingtons. Fue este acto de energía el que nos salvó y salvó también los archivos del edificio de la Dirección. No conozco el número de heridos, en cuanto a los muertos fueron 21¹¹.

Es significativo, que los amotinados se dirigieran a Tres Esquinas (hoy Avenida Caracas con calle primera) y liberaran a las mujeres presas en la correccional de mujeres del Buen Pastor, 200 reclusas que, con una bandera negra en la mano, salieron gritando Viva la libertad, muchas de las cuales se involucraron en el motín. De la misma forma, se atacó el Panóptico central (ubicado en la sede actual del Museo Nacional), con el fin de liberar a los varones presos que allí se encontraban, pero por la seguridad de la prisión, no fue posible alcanzar ese objetivo.

Se atacó la casa del alcalde de la ciudad, Higinio Cualla, que fue saqueada y la vivienda del ministro Cuervo fue arrasada. Se atacó la calle de la ropa, en el Pasaje Rivas, que se inauguró oficialmente, ocho días después del motín. En las horas de la noche de ese lunes 16 y hasta la madrugada del 17, diversos grupos recorrían las calles, entonaban gritos, destruían los faroles de la ciudad y tumbaban algunos postes de la luz.

Como se ha visto, se atacaron símbolos importantes del poder civil, policial y religioso, como algunas instalaciones de salesianos y jesuitas, algo explicable porque fue una publicación religiosa la que difundió los artículos en que se ultrajaba a los artesanos.



Bogotá a finales del siglo XIX y sus habitantes populares

¹¹. J. M. Gilibert, Comunicacion interna de enero 25 de 1893, *Colombie, Affaires Diverses*, Volumen 3, 1890-1895. (El documento completo aparece como anexo a este articulo).

Represión y escarnio

Para aplacar el levantamiento popular el régimen conservador llamó a las tropas del Ejército, militarizó la ciudad, con el fin de resguardar a la policía y aplacar la beligerancia de la población, impuso el Estado de Sitio e implantó medidas represivas contra la población en general y contra los amotinados en particular. Se prohibieron las reuniones de más de cinco personas. Como para dejar claro hasta donde llegaba la represión, el 23 de enero se impuso la pena de muerte a un reo de nombre Ignacio Gutiérrez, homónimo del periodista autor de las ofensas contra los artesanos. Este reo no tenía nada que ver con el tumulto en forma directa, aunque en uno de los días del motín, había matado a un guardián. Su ejecución, que se efectuó el 24 de enero, cuando fue fusilado, sí conllevaba un mensaje para la población: el régimen estaba dispuesto a liquidar a sangre y fuego a quienes osaran levantarse contra el nuevo orden de la Regeneración. Eso se evidencia con las palabras del capellán de la prisión que luego de la ejecución de Ignacio Gutiérrez les dijo a los reclusos: “Hermanos míos, la sociedad bogotana está profundamente conmovida desde hace algunos días; en casos como éste, *la autoridad tiene que recurrir a medidas extremas para salvar el orden social*”¹².

A Jean Marcelino Gilibert se le felicitó por su comportamiento durante el motín, se incrementó el pie de fuerza de la policía y se aumentaron los controles y la presión social sobre los habitantes pobres de la ciudad. Se rindió homenajes a Julio Marín, el policía que murió durante el levantamiento popular y se destituyó a otro, Marco Fino Fajardo, por haber participado en el motín, un hecho que no podía ser tolerado por su mal ejemplo, en medio de la obediencia y sumisión que se exigía. De la misma forma, se prohibió a la iglesia hacer entierros públicos para evitar que la gente se reuniera, y pudiera levantarse de nuevo, alrededor de sus muertos. Se amplió la censura de prensa y se prohibió difundir cualquier información que no fuera aprobada previamente por el gobierno. En esa dirección, se dispuso que los periódicos solo podían ser ofrecidos después de las cinco de la tarde del martes 17 de enero, con un contenido previamente aprobado. Las mujeres que habían huido de prisión fueron recapturadas y se les impuso una pena adicional.

La represión se dosificó en concordancia con la “gravedad” y nivel de participación en el motín. Así, Miguel Antonio Caro, Vicepresidente de la República, pero Presidente de hecho, el 20 de enero clasificó a los procesados en cuatro grupos:

Primero, los promotores de malos antecedentes o sin antecedentes conocidos, acreedores al destierro o al confinamiento; segundo, los solteros que obedecieron a los primeros, no responsables de atentados graves y sin antecedentes delictivos, castigados con la incorporación al ejército; tercero, los padres de familia y “amigos políticos”, en las mismas condiciones que los anteriores, los cuales quedaban en libertad bajo vigilancia de las autoridades; y, cuarto, los que intervinieron en un comienzo pero recapacitaron y se pusieron al servicio de las autoridades, quienes debían ser amparadas por el indulto.

En la misma fecha, el Vicepresidente promulgaba el Decreto Número 416, que daba por descontado la comprobación de la responsabilidad de los reos del primer grupo y les asignaba, hasta nueva orden, la pena de destierro a la isla de San Andrés en el territorio de Colombia o la de confinamiento de la Capital de la República. Caro urgía por actuaciones represivas aceleradas, porque consideraba que la situación era propicia para “*cortar el contagio; aconsejaba a sus subalternos que la regla a aplicar era la de Napoleón: “¡Frappez Vite!” (“Golpear rápido)”*”¹³.

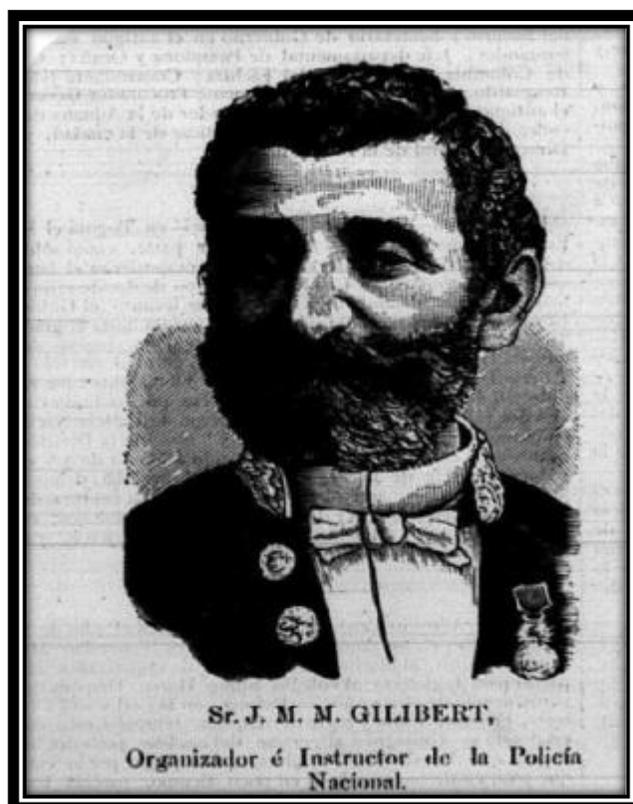
Por lo menos un centenar de las personas que fueron sindicadas de haber participado en el motín fueron desterradas y conducidos a Panamá, por entonces territorio colombiano y donde el régimen de la regeneración solía llevar a sus enemigos, a que fueron devorados por los mosquitos en el presidio que allí existía. Esta era una forma de mostrar el trato que se dispensaba para quienes osaran levantarse contra el orden clerical y autoritario de la Regeneración.

¹². *El Heraldo*, enero 25 de 1983.

¹³. Mario Aguilera, *Insurgencia urbana en Bogotá*, Colcultura, Bogotá, 1997, pp. 175-176.

En cuanto a la cifra de muertos de la represión policial nunca se pudo establecer con precisión, por dos razones: una, la misma noche del 16 fueron enterrados por el régimen muchos de los que habían sido asesinados esa tarde; dos, la censura de prensa que se impuso prohibió hablar del tema e indagar sobre la magnitud de la represión.

Gilibert reconoció 21 muertos, en el Concejo de Bogotá se habló de treinta muertos, el Ministro de Estados Unidos en Bogotá dijo que habían muerto entre 50 y 75 personas y el periódico *El Progreso* de Nueva York informó de 150 muertos. Lo que si quedó claro es que hubo un solo muerto entre la policía¹⁴.



J. M. Gilibert, el policía francés que dirigió la represión contra los artesanos en enero de 1893.

Los “responsables” del Motín

El motín de 1893 fue un extraordinario levantamiento social, una insurrección popular que se constituyó en la protesta urbana más importante del país, y quizá de toda Latinoamérica, en la segunda mitad del siglo XIX. Esto es tan cierto que en forma anacrónica algunos historiadores lo denominaron como el “primer bogotazo”.

El nivel de participación popular fue notable, porque tomaron parte en la protesta unas 5.000 personas, cifra significativa si se recuerda que la población de la ciudad era de 85.000 habitantes, es decir, participó cerca del 6 por ciento del total de población. La insurrección fue netamente popular y espontánea. *Popular*, porque quienes participaron pertenecían a diversos oficios, eran talabarteros, carpinteros, albañiles, cargueros, herreros, y también tomaron parte los “chinos de la calle”, los niños expósitos y abandonados, las mujeres que fueron liberadas de la cárcel del Buen Pastor. *Espontánea*, porque no contó con una dirección de ninguna índole, e incluso la elite artesanal desde el principio se demarcó de la protesta y el motín y algunos de ellos luego la condenaron. Rufino Gutiérrez, hermano del periodista que escribió los artículos

¹⁴. *Ibid.*

que desencadenaron la protesta y cuya casa fue atacada por la gente, señaló en forma nítida el carácter espontáneo del motín:

De aquella hora, las nueve de la noche, en adelante, grupos más o menos numerosos recorrían las calles, lanzando gritos diversos y discordes, lo que hace ver que carecían de jefe y organización. En uno se vitoreaba el ejército y en otro se le insultaba; allá se gritaba contra la clase alta, y en la calle siguiente se vitoreaba a la *creme*; aquí se proponía seguir al norte, y cien metros adelante se resolvía volver al sur¹⁵.



Diario Oficial, No. 9064 de 1893, donde aparecen documentos relacionados con el motín.

Las consignas que se agitaron fueron amplias y variadas y entre ellas se corearon: Viva el pueblo soberano, Viva la Comuna del 93, Vivan los artesanos, Viva el Pueblo Soberano, Viva el Partido Radical, Viva Rabachol, Muerte a los jesuitas y salesianos, Muerte a la policía, Muerte al francés Gilibert. Como símbolo remarcable salieron a relucir banderas negras y rojas.

Estas consignas eran la expresión condensada de una historia de lucha de los artesanos que se remitía a la influencia de las ideas ilustradas de la Revolución Francesa que nutría las luchas democráticas de un sector de artesanos, el mismo que políticamente había sido golpeada por la política represiva, clerical y antifrancesa de la Regeneración. También expresaban el impacto de algunas noticias que habían llegado desde Europa y que se difundían por la amplia y diversa prensa artesanal. Eso explica, por ejemplo, la consigna Viva Ravachol, el anarquista francés que fue ejecutado en París, y sobre el cual se difundieron noticias en forma permanente en los periódicos y hojas volantes de los artesanos.

Que el motín fue obra y gracia de los pobres de la ciudad se evidenció en el trato despectivo con que fue referenciado, ya que ese levantamiento contra las autoridades civiles, policiales y eclesiásticas, según la visión de los círculos dominantes sólo podía ser producto de lo peor de la sociedad, de la hez, de los hombres de malas costumbres, sin dios ni ley, guiados por las

¹⁵. *El Correo Nacional*, febrero 1 de 1893.

fuerzas demoniacas, que generaron caos y odio. Al respecto, vale la pena citar a un sacerdote, Santiago Matute, quien aseguró:

En tan funesta y triste noche la atmósfera de Bogotá se vio infestada con los miasmas deletéreos del vicio y del crimen. El cinismo de la turbamulta indignaría aún a los mismos cafres. Al ver jóvenes imberbes, muchachos, chinos, como los llaman aquí, blandir mohosos cuchillos afilados en las piedras de las calles, jactarse de cortar cabezas, se pregunta uno en qué escuela de infamia han aprendido todos los secretos del mal...¹⁶.

Esta misma explicación fue la que proporcionó la prensa conservadora, uno de cuyos voceros aseguraba: “Podemos decir que las turbas que recorrieron la capital estaban formadas por la hez de la sociedad de uno y de otro sexo, pues se observó que centenares de mujeres también agitaban las pasiones de la muchedumbre y se lanzaban en las vías de hecho”¹⁷.

Esto indica que, en la lógica dominante de la época en los círculos del poder, que parece no haber cambiado ni un ápice en 2020, los responsables del motín fueron delincuentes o anarquistas. En las altas esferas del gobierno, encabezada por el vicepresidente Miguel Antonio Caro, se indicó que el motín no tenía una razón política, sino que era un desorden de los que ocurren en las ciudades en forma periódica, ocasionado por “elementos anárquicos latentes”. El vocablo de “anárquico” en la concepción de Caro no se entendía como algo doctrinario, sino como sinónimo de desorden, desobediencia e insubordinación. Eso mismo era lo que pensaba el Ministro de Gobierno, Antonio Cuervo, quien era el que había afrontado la situación de manera directa y cuya casa fue destruida por la multitud: “No se trata, evidentemente, de ningún movimiento político ni de plan alguno comparable a los que el socialismo y el espíritu de anarquía suelen engendrar en las sociedades”.¹⁸ Esta visión oficial no quería adjudicar ninguna motivación política al motín, sencillamente para no reconocer que existían factores objetivos, razones de fondo referidas a la inconformidad popular frente a la Regeneración, que explicaran el levantamiento, sino que se trataba de una protesta sin norte alguno y, en consecuencia, era un asunto de orden público, que podría ser evitado con medidas más enérgicas de tipo represivo y con una reorganización de la policía. Y eso mismo es lo que expresaba Jean Marcelino Gilibert, envalentonado por sus “éxitos represivos” del 16 de enero, cuando comentaba que se debía dar reposo a unidades de la policía, distribuyendo sus efectivos en forma más adecuada, para que unas horas estuvieran en la calle, otras horas en las comisarias y las restantes descansaran y “de este modo los agentes, con el reposo que obtienen pueden atender al fuerte trabajo que les corresponde tanto de día como de noche. Con esta nueva organización creemos que no se repetirán aquellos actos de salvajismo [del 15 y 16 de enero]”¹⁹.

Fue un sector de la prensa conservadora en que si paso a hablar del motín como resultado de una conspiración anarquista, cuando empleaba el término para indicar que existían fuerzas externas y disolventes que conspiraban en las sombras contra el orden católico de la Regeneración, para destruir la fe y el progreso que se estaba dando en el país. Esta versión de un sector de la prensa también fue replicada en un comentario de un diplomático francés residente en Bogotá. Este señalaba:

El movimiento anarquista que se produce en este momento en Europa acaba de dar en Colombia un ligero contragolpe. Existe en Bogotá una especie de asociación obrera, la Sociedad de Artesanos, compuesta de gentes turbulentas, decididas a todo y en el seno de la cual, si aún no se predica la propaganda de la acción, se profesan

¹⁶, Santiago Matute, *Los padres candelarios en Colombia o apuntes para historia*, Escuela Tipográfica Salesiana, Bogotá, 1898, T. 1, pp. 177-179.

¹⁷, *El Orden*, marzo 4 de 1893.

¹⁸, *El Orden*, enero 23 de 1893.

¹⁹, “Informe de Gilibert a Mingobierno”, 29 de mayo de 1894, AGN, Sección República, Fondo Policía Nacional, Tomo 3, fs. 49 y ss.

fuertemente las doctrinas más subversivas y más revolucionarias. Es ella la que, en el mes de enero de 1893, fomentó el levantamiento que durante tres días puso a Bogotá en las manos del populacho y ensangrentó las calles²⁰.

En la prensa conservadora se empezó a señalar que el motín había sido organizado por una fuerza anarquista, la misma que “principia a incitar al crimen a nuestros pacíficos obreros” y por eso debe ser descubierto “y se le castigue severamente”, porque Esta no es cuestión de partido, es cuestión de defensa de la sociedad amenazada; es cuestión de impedir que se corrompa a nuestros laboriosos obreros con doctrinas disolventes, que en Europa han llevado al cadalso a sus propagadores²¹. Esta versión, adicionalmente, achacaba al partido liberal de manera indirecta la responsabilidad del motín, porque ese partido era la encarnación del mal y una “escuela revolucionaria”. En la versión moderna que da la policía sobre el suceso lo cataloga como “la primera asonada contra la policía nacional” y allí se afirma que “los amotinados, con el cadáver de castillo recorrieron el centro de la ciudad protestando contra el Gobierno y la Policía, cometiendo por las calles por donde pasaban, toda clase de desafueros y destrozos, obnubilados por el licor y por la incitación de agitadores extremistas²². Como puede verse en la lógica contrainsurgente que caracteriza a la policía de este país se proyecta hacia el pasado una terminología que es usada hasta el cansancio en nuestro tiempo, la de agitadores extremistas, a los cuales no nombra ni define, que podrían ser lo que en la época del motín fueron llamados por algunos sectores de la prensa conservadora como anarquistas.

Para terminar, cuando se conmemoró el primer centenario del motín de artesanos, el historiador Armando Gómez Latorre publicó un artículo con el título “La insurrección anarquista de 1893”, en el que concluye de manera fantasiosa que “desde la penumbra la infiltración ácrata, anarquista o libertaria, se frotaba las manos porque creyó que había llegado el momento de poner en práctica el terrorismo de Ravachol y la estrambótica ideología de Bakunin y Kropotkin. Una vez más, la clase trabajadora colombiana había sido víctima de su ingenuidad e inmadurez políticas²³.”

Debe señalarse que el término *anarquista* no se emplea, en este caso, para tratar de comprender lo que significaba el levantamiento popular y, mucho menos, preocuparse por determinar las diversas influencias ideológicas que impactaron a los artesanos colombianos y diferenciar el grado de apropiación, si fue a fondo o superficial, de algunas figuras y símbolos del anarquismo. No, en el caso señalado el vocablo anarquista se emplea en forma despectiva y descalificativa, para indicar que lo que se produjo fue una asonada, que no tenía móviles ni razones que lo explicaran, sino simplemente fue un levantamiento, organizado por fuerzas externas y enemigas de los cristianos de bien que configuraban la nacionalidad colombiana. En esa perspectiva contrainsurgente, la nota periodística de Gómez Latorre trajo a la contemporaneidad lo que creía un sector de las clases dominantes de finales del siglo XIX sobre el levantamiento artesanal, del que pensaban que no se originaba por razones fundadas, de tipo socioeconómico y, sobre todo, moral, sino que eran producto de nefastas injerencias externas, a las que había que liquidar sin miramientos, para evitar que contaminaran a los hombres cristianos de bien, de aquellos que, como los policías, se basan en el lema criminal de Dios y Patria.

²⁰ . *Colombie, Correspondance politique*, Volumen 36, 1892-1895, 24 de marzo de 1894.

²¹ . *El Orden*, marzo 14 de 1893.

²² Fernando García Fernández, *La primera asonada contra la policía nacional, 1893*. Disponible en: <https://historiapolicianacionaldecolombia.blogspot.com/2019/04/la-primer-asonada-contra-la-policia.html>

²³ . Armando Gómez Latorre, “La insurrección anarquista de 1893”, *El Tiempo*, enero 23 de 1993. Disponible en: <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-22063>



“La Paz en Colombia”, *El Zancudo*, abril 2 de 1890

DOCUMENTO ANEXO

Informe del director nacional de la policía a la dirección de la seguridad de Francia sobre la insurrección de los artesanos de enero de 1893

Bogotá, Colombia, 25 de enero de 1893

Señor Director:

Tengo el honor de informarle que un intento de insurrección estalló en Bogotá el 15 de los corrientes, luego de un artículo de periódico sobre los artesanos, es decir, los obreros jornaleros, en una palabra, sobre los hombres del pueblo. En la primera refriega que tuvo lugar hacia las 6 de la tarde, tres agentes de policía fueron gravemente heridos, pero la masa que vociferaba en las calles Abajo el gobierno, Muerte a la policía, fue contenida por esta última. A la mañana siguiente, el 16, la insurrección adquirió una vasta y alarmante proporción. El personal de la policía, 500 hombres, tuvo que luchar en diversos puntos de la ciudad y como estaba diseminado aquí y allá por secciones, fue desbordado, hasta el punto de que 4 Comisarías fueron completamente destruidas y el personal perseguido y algunos otros maltratados. Un agente murió, veinte resultaron gravemente heridos y muchos otros contusos. La Dirección General, en la cual yo me encontraba con 120 hombres, y la División de Seguridad fueron el objeto de tres vigorosos ataques. Una masa enorme de salvajes tal es el calificativo que le corresponde, se abalanzó sobre ella con todo tipo de armas y queriendo tomársela. Después de haber empleado todos los recursos de la moderación y para evitar ser masacrados con mis hombres, me vi en la necesidad de ordenar el fuego, porque, debo decirle, todos los agentes están armados de Rémingtons. Fue este acto de energía el que nos salvó y salvó también los archivos del edificio de la Dirección. No conozco el número de heridos, en cuanto a los muertos fueron 21. Durante toda la jornada, y al día siguiente, el terror reinó en la ciudad, la cual fue declarada en Estado de Sitio. Por todos lados, bandas de bestias enfurecidas gritaban: Abajo el gobierno, Abajo la policía, Muerte al francés Gilibert. La tropa salió de los cuarteles y recorrió todos los

puntos de la ciudad, procediendo a numerosas detenciones. En realidad, los agentes de policía que se encontraban aislados en las calles fueron perseguidos con rabia y muchos de ellos se salvaron porque se refugiaron en las casas de gente honesta. Así como le he dicho más arriba, 4 Comisarías de Policía fueron reducidas a cenizas, lo mismo que la casa del autor del artículo del periódico, la Alcaldía, el Ministerio de Gobierno, la sede de las religiosas del Buen Pastor en la que se encontraban 270 detenidas, un Juzgado de Paz y muchas otras edificaciones. El Panóptico, es decir la cárcel, fue atacada, sin éxito, en varias ocasiones. Un individuo fue condenado a muerte por haber asesinado a un guardián y 300 otros han sido deportados. En una palabra, las cosas adquirieron proporciones alarmantes, felizmente el personal de la policía, vestido de civil, pudo en su mayor parte reunirse en la Dirección y oponer una viva resistencia, lo que enseguida puso fin a todos los desórdenes. Hoy todo ha vuelto a la más perfecta normalidad y la tranquilidad reina en todas partes. ¿Por cuánto tiempo? No sabría decirlo. La Policía organizada a la francesa prestó en estas penosas circunstancias eminentes servicios. El Gobierno me ha dirigido las más calurosas felicitaciones y, mediante un Decreto del 18 de este mes, ha aumentado el número de efectivos de la policía de Bogotá de 500 a 1000. Reciba usted Señor Director de la Seguridad General la expresión de mis respetuosos sentimientos.

Firma: J. M Gilibert

Fuente: Colombie, Affaires Diverses, Volumen 3, 1890-1895 (no está paginado)